

OCT-2006

El Espíritu a la Medida Rvdo. Edwin Dill, ST

Una reflexión en la naturaleza íntima y personal del don y su inherencia al Espíritu Santo

*Estamos para tener un amor personal a Dios nuestro Padre, a Su Hijo Jesús y al Espíritu Santo que habita en nosotros...
Estamos para hacer que el Espíritu Santo sea conocido y amado y amado. (Regla de Vida, 10 y 11)*

A pesar de que la palabra *espíritu* aparece con minúscula en nuestra Regla de Vida y en los escritos del P. Judge, ella parece estar asociada con Divinidad. ¿Para qué están el *espíritu del cenáculo*, el *espíritu del evangelio*, el *espíritu apostólico* o el *espíritu de oración*, sino como manifestación del Dios inherente, animándonos a vivir vidas de celoso amor por toda la humanidad?

A la mayoría de católicos, si se les preguntara qué es para ellos el signo de la presencia de Dios para la Iglesia y para ellos mismos, sospecho que señalarían a la Eucaristía. Esta presencia sacramental y física es una realidad esencial – y un símbolo para ellos del amor permanente y del poder de Dios. Pero la Eucaristía *como presencia* no parece ser la intención institucional de Jesús en la Última Cena.

El fue muy claro, cuando hablando de su inminente partida les aseguró a sus apóstoles reunidos que enviaría al Espíritu Santo. “... *para estar con ustedes siempre... (Él) los instruirá en todo y les recordará todo lo que les he dicho*”. (Juan 14, 16-26). La Eucaristía es dada como *comida y bebida*, presencia física que se recibe al igual que los residuos de los tipos de pan, pero el Espíritu Santo es la *Permanente y poderosa presencia* de Dios dentro de la Iglesia y en cada cristiano bautizado. El Espíritu Santo, recorro al lenguaje del computador, es Dios-con-nosotros “en tiempo real”. Me pregunto si las últimas palabras de Jesús al darnos la Eucaristía – “*Hagan esto en memoria mía*” – se referían no sólo a la memoria de Su vida, muerte y (futura) resurrección, sino que fueron también una exhortación a una constante conciencia del siempre presente Espíritu de Dios contenido allí. El regalo de uno y la promesa del otro, fueron después de todo, otorgados en la misma ocasión.

Mientras que todo aspecto de la presencia de Dios es para nosotros personal, podemos pensar en la Inherencia del Espíritu Santo como un estar aún más personal que la Eucaristía, lo mismo que nuestro propio ‘espíritu’ o alma es más personal de nosotros que la comida que comemos. La Presencia Eucarística en nosotros es transitoria; la Presencia del Espíritu de Dios es permanente y dinámica.

Es difícil, aún con la más práctica imaginación religiosa, involucrar nuestras mentes alrededor del concepto de un cuidado individual de nosotros por parte de Dios. Limitados por la experiencia humana de las restricciones tiempo y espacio, con facilidad caemos en el entendimiento del Espíritu Santo, en general, como un algo compuesto por

infinitos pequeños ‘pedazos’ de la presencia y el poder de Dios. Si bien nada es *a la medida*, hecho para cada individuo hasta el último rincón de su ser, es la presencia de Dios contenida allí. Aquel que nos hizo, nos mantiene en Su providencia (“*Señor, Tu me escrutas y conoces. Sabes cuando me siento y cuando me levanto, mi pensamiento calas desde lejos. Esté yo en camino o acostado, Tú lo adviertes, familiares te son mis sendas.*” Salmo 139, 1-3), Él que nos ama con un conocimiento y un amor que sobrepasan al amor de un padre. (“¿Puede una madre olvidar a su niño de pecho, y dejar de amar al hijo que ha dado a luz? Aun cuando ella lo olvidara, ¡Yo no te olvidaré!” Isaías 49,15) – ¿puede este Dios permanecer con nosotros de alguna otra que no sea en una forma personal e íntima – reteniendo un poco de la unidad de identidad que desafía la comprensión?

Cuando en la Regla de Vida se nos urge “... *a tener un amor personal a Dios nuestro Padre, a su Hijo Jesús, y al Espíritu Santo que permanece con nosotros*”, es un recordatorio para nosotros que cualquier “forma-personal” en la cual podamos compartir el amor que tenemos por Dios, es una ínfima sombra del amor que Dios nos ha mostrado en el omnipresente Espíritu Santo.

Preguntas para la Reflexión:

1. ¿Qué tan conciente estoy, en especial en tiempos de oración, de la inherencia del Espíritu Santo?
2. ¿Mi celebración de la Eucaristía me coloca en tiempo para reflexionar en las otras maneras en las cuales Dios está presente en mi vida y en mi ministerio?
3. ¿La inherencia del Espíritu Santo- conmigo y con aquellos a quienes y con quienes hago mi ministerio – juega su parte en mi trabajo apostólico?